

*Javier Marías*

Travesía  
del horizonte



Al igual que en las grandes novelas de aventuras que se escribían a finales del XIX, y a las que Travesía del horizonte rinde cariñoso y también burlón homenaje, esta novela, publicada a los veintiún años, tiene como hilo conductor una atrevida expedición: el capitán Kerrigan, millonario y excéntrico, ha organizado un viaje a la Antártida para hombres de letras y científicos. Pronto adivina el lector que esa travesía no es más que una excusa, o uno de los muchos hilos con los que está tejida esta trama. Construida según el modelo del relato-dentro-del-relato, Travesía del horizonte añade a la aventura marítima de Kerrigan otras historias y personajes no menos novelescos, en deliberada parodia de ciertos maestros del género que van desde Joseph Conrad hasta Henry James pasando por Conan Doyle; y entre pintorescos secuestros y manuscritos misteriosos, señoritas eduardianas y paisajes de navegación, se va desplegando un torbellino narrativo servido por un estilo paradójicamente pausado. Del mismo modo, Javier Marías aprecia tanto el enigma que termina por menospreciar la solución; valora tanto la incertidumbre que llega a preguntarse si no será mejor ignorar para siempre la verdad y contentarse con su figuración y su sombra, en un insólito alarde de osadía narrativa.

*Para Carmen García Mallo*

# LIBRO PRIMERO

Aún no sé si sus intenciones eran, como él manifestaba con demasiada reiteración, puramente románticas, o si bien todo aquel artificio respondía a un postrer esfuerzo por restablecer su menguada reputación de intrépido aventurero; o bien, incluso —y aunque no creo que así fuera—, si se debía a las vulgares ofertas de alguna institución científica. Bien es verdad que los que nos vimos envueltos en ello nos dejamos convencer con excesiva facilidad por su entusiasmo, y hasta me atrevería a decir, aunque me cueste confesarlo a la vista de los resultados, que cuando surgieron los primeros inconvenientes, todavía en tierra, y se habló de abandonar lo que aún no era más que un proyecto, fuimos nosotros, y no los oportunistas hombres de ciencia que amparados por las autoridades ya se nos habían agregado, quienes más empeño pusimos en superarlos y más insistimos en que, a pesar de las adversidades y aun en las peores condiciones, debíamos zarpar.

Tal vez no sea muy honesto y lo más probable es que trate de consolarme mediante erróneas suposiciones, pero pienso que en otras circunstancias, en París, por ejemplo, las cosas se habrían desarrollado de muy distinta manera. Si nuestro primer encuentro hubiera tenido lugar en los Italianos, una mañana primaveral, o en la ópera, durante el transcurso de un sabroso entreacto en el palco de Mme D'Almeida, en vez de haberse producido de forma abrupta en medio de la inmensidad de nauseabundas aguas que día tras día nos cercaban, es muy posible que ahora mis quejas, al menos, estuvieran revestidas de cierta elegancia y privadas de tanto rencor.

En Alejandría el clima es inconstante desde diciembre hasta marzo, pero predominan los días fríos y soleados y de vez en cuando hay fuertes precipitaciones de lluvia y granizo acompañadas de vientos tormentosos. Agosto es el mes más cálido, y aunque en esta época del año la brisa del mar modera las temperaturas, la humedad es notable y sumamente perjudicial para la salud. La ciudad, Al Iskandariyah para sus habitantes, se encuentra sobre una faja de terreno que separa al Mediterráneo del lago Mareotis y sobre un promontorio en forma de T que da pie a la existencia de puertos al este y al oeste. La vertical de la T era, antiguamente, una mole que llegaba hasta la isla de Faros, en cuya parte oriental Ptolomeo II mandó construir su faro por el elevado precio de 800 talentos. Tal vez la zona más bella de la urbe sea la del puerto; o quizá no, en tal caso lo sería la Grand Square (antes Place des Consuls), con la iglesia anglicana de St Mark al norte, edificada sobre un terreno regalado por Mohammed Ali el Grande a la comunidad británica en 1839, la zona más europea de la ciudad.

La sensación de hacer el ridículo, de perder una oportunidad largo tiempo ansiada, de comportarse de manera in-noble, de desbaratar unos planes para siempre, de no estar a la altura de las circunstancias, de carecer de tacto y de mesura, de resultar impertinente y poco sutil, de perder las simpatías de otra persona, y, en resumen, de ser un patán, es quizá la más dolorosa y humillante que un caballero puede experimentar.

Sin embargo, una reconsideración de los hechos, unas horas más tarde, tranquila y despejada mi mente gracias a la brisa nocturna, logró aliviar mis pesares y devolverme la serenidad: para aquellas personas que, como yo, tienden a ser dóciles y fáciles de contentar, no es problema hallar argumentos que, una vez desechado un proyecto o perdida una ilusión, nos convenzan de su banalidad e incluso consigan que nos regocijemos y nos sintamos liberados ante dicha privación. A la mañana siguiente todo —o casi todo— había sido olvidado.



## LIBRO SEGUNDO

Al ser mencionada cierta persona que, según uno de los asistentes, había muerto en bancarrota a causa de su desmedido amor por la pintura después de haber gozado durante muchos años de una posición de privilegio, un caballero, cuyo nombre no había podido captar dos horas antes, cuando me había sido presentado, comentó con pesadumbre el reciente fin en parecidas circunstancias de un buen amigo suyo que había dedicado su vida y su fortuna a tratar de averiguar los motivos que habían impulsado a Victor Arledge, en su primera madurez, a abandonar la literatura y refugiarse en la mansión de un lejano pariente escocés, donde había fallecido tres años más tarde, a la edad de treinta y ocho. Interrogado por una de las señoras, que, de acuerdo con la información que se me dio con posterioridad, había realizado una tesis sobre la figura del famoso autor y desconocía la existencia —y por tanto las investigaciones— del amigo del señor Holden Branshaw —o Horder Bragshawe— éste manifestó que, sin embargo su amigo aunque no había llegado a establecer en su totalidad las causas que nos habían hecho perder prematuramente a tan firme valor literario había descubierto datos suficientes para trazar una historia tan ambigua y atractiva acerca de personaje en cuestión que durante el último año de su vida se había dedicado a verterla en forma de novela, obra que, con el título de *La travesía del horizonte*, se encontraba ahora en su poder y que, en su opinión, representaría una vez publicada la triste consagración de su amigo como uno de los mejores novelistas de los últimos tiempos, y que por ello, si bien, como antes había señalado, éste había perdi-

do su vida y su dinero, se podría decir, desde un punto de vista no demasiado exigente, que no había perdido su tiempo.

Las categóricas afirmaciones del señor Branshaw no suscitaron ninguna reacción entre los presentes y, puesto que la noche avanzaba y la reunión había ido languideciendo desde hacía media hora, los invitados se levantaron con una unanimidad que demostraba que constituían un verdadero grupo, se despidieron de mí no sin antes haberme dado las gracias por tan agradable velada, y partieron. Cuando regresé al salón tuve ocasión de comprobar que, sin embargo, ni el señor Branshaw ni la dama que había realizado su tesis sobre Victor Arledge se habían movido de sus asientos y que charlaban con reservada amistosidad. Me serví una copa de oporto y, haciendo el menor ruido posible para no interrumpirles, me senté en un sillón. La damita, menuda y de edad indefinida, tanto como lo eran el color de su sencillo vestido y las causas de su presencia en mi salón, seguía interrogando, si bien con cortesía también con cierta avidez mal disimulada, al señor Branshaw acerca de la novela de su amigo. Después de un velado forcejeo en el que la señora llevaba la peor parte —las respuestas de Branshaw eran más que lacónicas y era evidente que tenía prisa— ella se decidió a pedirle que le prestara la novela durante unos días, ya que su publicación, al depender todavía del permiso que habrían de otorgar los parientes de Arledge para la revelación de secretos de la vida del autor, no era definitiva. Ante mi relativo asombro —tal vez fueron las prisas mencionadas y el visible afán de Branshaw por zafarse de momento de las preguntas de la damita lo que le impulsó a hacer aquella proposición— concertaron una cita para el día siguiente por la mañana con la perspectiva de una lectura en voz alta que evitaría al señor Holden Branshaw tener que desprenderse, aunque solo fuera por unos días, del original de la obra. No sé si por deferencia o por temor a encontrarse totalmente a solas con la señora,

Branshaw me rogó que, si el asunto me interesaba o despertaba mi curiosidad, no dejara de acudir a su casa al día siguiente, a lo que yo, sin duda por deferencia contesté que no faltaría y que le agradecía mucho su gentileza. Holden Branshaw y la damita, ella con el rostro encendido de satisfacción, se despidieron y partieron por diferentes caminos.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, más tarde de lo que acostumbro, sin acordarme para nada del señor Branshaw, algo aletargado tal vez por la última copa de oporto, una sirvienta estaba poco menos que aporreando mi puerta y me anunciaba con insistencia que la señorita Bunnage me aguardaba en el salón desde hacía diez minutos. Me pregunté durante unos segundos quién podría ser la señorita Bunnage y acto seguido me levanté, ordené a la criada que preparara desayuno para dos y que le comunicara a la señorita Bunnage que bajaría en cinco minutos, y me apresuré a lavarme y vestirme sin volver a preguntarme por la posible identidad de aquella dama que, de hecho, ¿por qué no decirlo?, había tenido el descaro de presentarse en mi casa sin previo aviso a las nueve y media de la mañana. De no muy buen talante bajé por fin y, antes de que atravesara la puerta del salón, la damita de la noche anterior salió a recibirme, llena de excitación.

—Perdone mi atrevimiento —dijo—. Iba ya hacia la casa del señor Branshaw y al pasar por aquí pensé que podría recogerlo. Tengo un coche esperando fuera y ya llegamos tarde a la cita.

No recordaba a qué hora habíamos quedado con el señor Branshaw y por ello, con escaso éxito de todas formas, sólo me atreví a insinuar la conveniencia de tomar algo antes de encerrarnos en una casa para escuchar una novela de quién sabía qué longitud. Pero la señorita Bunnage era intransigente y no quiso ni oír hablar de ello. Me cogió de

un brazo mientras repetía una y otra vez que el coche estaba esperando y me vi obligado a seguirla. Una vez puestos en marcha pareció calmarse y pude observar que llevaba una carpeta llena de hojas en blanco.

—¿Cree usted que el señor Branshaw me dará algo de comer si se lo pido? —dije.

La señorita Bunnage sonrió y contestó:

—No se preocupe, se lo pediré yo. —Y añadió—: ¿Sabe? Esta cita es muy importante para mí. Si todo resulta como yo espero, podré evitar una injusticia.

—Creí que simplemente le interesaba Víctor Arledge —comenté yo.

—Y así es.

—Ah.

Callé, entre divertido y molesto.

El señor Branshaw nos acogió con más simpatía de la que había demostrado la noche anterior en mi casa durante aquella velada cuyas consecuencias, por el momento, empezaban a resultarme intolerables. Nos introdujo en una espaciosa biblioteca de estanterías blancas, y mientras preparaba algo de desayuno para mí a instancias del censurable desparpajo de la señorita Bunnage —que en más de una ocasión me haría sonrojar—, pude inspeccionarlas y comprobar que el señor Branshaw sólo leía filosofía y poesía, y muy poca novela. Sobre la chimenea, en lugar de la obligada escena de caza de mal gusto o copia de un Constable, había un gran tablero de madera en el que se podía leer, inscrito:

«'Tis to yourself I speak; you cannot know  
Him whom I call in speaking such a one,  
For you beneath the earth lie buried low,  
Which he alone as living walks upon:  
You may at times have heard him speak to you,  
And often wished perchance that you were he;

And I must ever wish that it were true,  
For then you could hold fellowship with me:  
But now you hear us talk as strangers, met  
Above the room wherein you lie abed;  
A word perhaps loud spoken you may get,  
Or hear our feet when heavily they tread;  
But he who speaks, or him who's spoken to,  
Must both remain as strangers still to you»

La señorita Bunnage, acomodaba sin duda en el mejor sillón de la habitación, había abierto su carpeta, extraído de ella sus immaculados folios y, pluma en mano, esperaba con impaciencia a que Branshaw reapareciera con una bandeja y después a que yo, desasosegada y precipitadamente, acabara de tomar mi café y mis tostadas con mermelada de frambuesa. Cuando lo hube hecho Branshaw retiró la bandeja y salió de la biblioteca para reaparecer unos minutos más tarde con el deseado manuscrito encuadernado en azul marino. Agitó el libro levemente y lo puso sobre las rodillas de la señorita Bunnage, que se conformó con mirar la cubierta y me lo dio a mí (*La travesía del horizonte*, sin el nombre del autor: abrirlo me pareció descortés). Branshaw, entonces, volvió a cogerlo de mis manos, tomó asiento, lo abrió por la primera página y dijo:

—*La travesía del horizonte*: libro primero. «'Tis to yourself I speak.» —y leyó la cita entera.

—¿De quién es el poema? —pregunté yo mirando hacia el tablero que colgaba sobre la chimenea.

Branshaw iba a contestar cuando la señorita Bunnage se le anticipó:

—De Jones Very —dijo, y añadió—: Continúe, por favor, y de ahora en adelante les rogaría que guardasen silencio absoluto.

El señor Branshaw volvió a leer la cita de Very con delectación, hizo una breve pausa, nos miró, y por fin dio co-

mienzo a su lectura:

«Acababa de regresar la partida capitaneada por el veterano médico de la Expedición Ballenera de Dundee William Speirs Bruce, y Jean Charcot, desde el *Français*, enviaba noticias que apasionaban a la alta sociedad parisina cuando Kerrigan concibió la idea de organizar una expedición cuyos componentes fueran hombres y mujeres de letras, es decir, aquellas personas que diariamente devoraban las informaciones procedentes de la península de Palmer y se reunían en los cafés para comentar una y otra vez la audacia de aquellos pioneros y expresar sus fervientes deseos de embarcarse, aunque sólo fuera en calidad de lavaplatos, en alguno de aquellos navíos nórdicos o británicos, en pos de aventuras plagadas de riesgos o e incomodidades, pero también de insospechadas experiencias cuya narración podría hacer las delicias de sus amistades o lectores.

El plan de Kerrigan, hombre encantador pero dominado por una inconsciencia más digna sin duda de un adolescente que de un hombre de su edad, era desde el principio tan descabellado como atractivo, y fue a todas luces esta falta de rigor y la jovialidad que rodeó a todo el asunto lo que hizo que una mañana, mientras el escritor Victor Arledge desayunaba en su terraza y hacía trabajar a su imaginación en busca de alguna excusa tan veraz y extravagante a un mismo tiempo que le permitiera dejar de asistir al estreno de la adaptación teatral de su última obra sin que la expectación del público decayera a falta de su presencia, fue esto y no otra cosa, repito, lo que hizo que la prudencia y la serenidad que por lo general precedían a sus decisiones desaparecieran sin oposición ante los sugerentes argumentos de Kerrigan. Era aquella idea tan insólita, tan ingenua la excitación de Kerrigan, que al principio Arledge no pudo por menos de sonreír; pero a medida que la locuacidad de su amigo le iba proporcionando imágenes llenas de exotismo e inverosimilitud, y sobre todo cuando éste, morosamente, sacó de su cartera un papel con la lista de personas que ya